

## *Río por asalto: poética, política, erótica*<sup>1</sup>

Su trabajo [el del bailar Israel Galván] consiste en aparecer y evolucionar ante la mirada de todos...trata de construir cada momento del tiempo que baila como un acontecimiento de misterio y jondura. Que aparezca la profundidad...Bailar sólo con pura y simple verdad...El baile es el que produce e inventa, a flor de gestos y de momentos, “profundidad” e “interioridad.” La jondura nace del baile jondo y no lo contrario.”

Didi Huberman, *El bailar de soledades*

Por: María Margarita Malagón-Kurka

Como el “Bailador de soledades”, caracterizado bellamente por Didi Huberman, el río en esta video-instalación reciente de Clemencia Echeverri encarna literal y metafóricamente, una fuerza vital. Puesta en evidencia en seis pantallas en sincronía, esta fuerza en su desmedida turbulencia, va horadando violentamente su cauce, arrastrando sin discriminación alguna todo lo que cae en su torrente. Su voz, audible de forma trepidante a través de siete parlantes expresa su gran potencia amplificando las imágenes del caudal imparable. Las imágenes y los sonidos en *Río por asalto* se entrelazan rítmicamente para que aparezca el ser del río en su fluir; para hacer posible a los espectadores vivenciar el impacto de los acontecimientos que lo asaltan y compartir su resistencia y rebelión. Las imágenes y los sonidos del río dejan que emerja su “profundidad.”

Así como arrastra y horada, el río como un torrente sanguíneo también fecunda, distribuyendo nutrientes al penetrar la tierra que lo circunda; las sombras de la vegetación sobre su cambiante superficie, así lo atestiguan.

A medida que avanza, con una sonoridad a veces calmada y en ocasiones rugiente, este poderoso cuerpo de agua integra los sedimentos que llegan desde sus orillas: entre ellos los troncos de árboles caídos y también los de aquellos aniquilados por la maquinaria deforestadora. Los sonidos de estos últimos al retumbar sobre el agua denuncian a los responsables de su desplome.

El detritus, al cubrir y hacer vibrar visual y auditivamente la superficie del río — a su vez lienzo sobre el que la artista se expresa—, atrapa y pone en perturbadora evidencia los residuos inorgánicos producto de un consumo humano descontrolado y desconsiderado. Alcanza tal nivel

---

<sup>1</sup> Obra creada para la bienal de Shanghái 2018-2019 a la que fue invitada la artista.

el abundante desperdicio que parece ahogar al mismo río. La superficie del agua, reflectiva en las zonas mansas, queda opacada. Los espectadores obtienen un reflejo de si mismos pero en él no se reconoce ya la fuerza vital en su transparencia y translucidez; por el contrario, se niega la existencia de ésta hasta hacerla casi desaparecer.

Pero no ha sido vencida. El torrente persevera en la definición de su trayectoria hasta verse compelido a canalizarse y dividirse al ser forzado a entrar por compuertas y túneles construidos para dominarlo, someterlo y ponerlo al servicio de la generación de energía eléctrica. Las edificaciones de la empresa a cargo contrastan de manera ofensiva, por su carácter masivo, con el flujo orgánico y de apariencia ligera del río. El estacato grave alerta sobre la amenaza que se avecina. Ante la afrenta, el cuerpo de agua se rebela con una potencia renovada haciendo estallar las estructuras, amenazando incluso vidas humanas. Las imágenes se cargan de violencia al demostrar su capacidad destructiva; violencia que recoge el grito triunfante del poder de la naturaleza ante cualquier intento de detenerla. El río parece ser ahora un río más poderoso ante el asalto.

Aún fluyendo, pero ya en calma en ausencia de declives y obstáculos, el agua en sus meandros empieza un proceso de seducción mutua —de acercamientos y distanciamientos, acogidas y rechazos— con el mar, su última morada. Encuentro que resulta ambivalente; no solo por los forcejeos eróticos entre los dos cuerpos de agua en una atmósfera lumínica y cromática de gran belleza, sino también por la presencia ominosa de cadáveres de manglares. Durante las proyecciones finales, éstos cobran en las pantallas un protagonismo lacerante similar al de la basura atrapada en los sedimentos del río. Éste ha triunfado en su devenir hacia el mar. Los manglares, en cambio, incapaces de rebelarse y escapar como él, han fallecido ante la carencia de su equilibrio vital: aquel generado por la mezcla de agua dulce y salada en la que el río, paradójicamente, se convertirá al disolverse en el océano.

Como ocurre frente a la gran mayoría de las obras de Clemencia Echeverri, este texto nace de una reacción afectiva y reflexiva posibilitada por las técnicas de inmersión y distanciamiento utilizadas por ella. Sin embargo, la sensibilidad de la artista que deja que el río se exprese en su extrema vitalidad trasciende todo tipo de tecnicismo. Como el “bailaor de soledades”, ella se

arriesga a entrar en sintonía y empatía con esa fuerza apasionante y arrasadora dejando que sea esa misma potencia la que sugiera preguntas esenciales e invite a los espectadores a plantearse cuestiones inevitables: ¿Qué diferencia hay entre las violencias del río y las de los asaltos a los que es sometido? ¿Cómo lograr un equilibrio mutuamente benéfico entre la vida del río, la de la naturaleza entorno y la vida humana? Si la muerte del río se da en su encuentro final con el mar, ¿cómo interpretar la que es producida por la deforestación, canalización, represamientos y ahogamientos sufridos por todo tipo de seres vivos, como consecuencia de indiferencia y desbalances evitables?

Más allá de respuestas concretas, al hacernos unos con el río para vivir su poética, su política y su erotismo tal y como lo sugiere la obra, nos encontramos también con un saber complejo y profundo –“verdad pura y simple”; fuente de comprensión e intuiciones iluminadoras que nos desafían a descifrar claves ancladas en sus imágenes visuales y sonoras y en su poderosa e inquebrantable vitalidad.

María Margarita Malagón-Kurka

Diciembre, 2018